

# REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-  
ticulos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio  
postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXV — Bogotá, Febrero y Marzo de 1940. — Nos. 337-338

## Este camino...

*(Especial para esta Revista)*

**Dedicado a mi discipulo y amigo  
don José Lloreda Camacho.**

Este camino que desde aquí veo a trechos apareciendo, y escondiéndose entre los platanales y las guadas, es el que de La Mesa de Juan Díaz lleva a la Sabana por el alto de Santa Bárbara. Durante siglos fue una ruta sin importancia, usada apenas para las necesidades inmediatas de los escasos moradores de la hondonada que cruza el Apulo en sus primeros pasos. Ni poblaciones, ni haciendas grandes, ni estancias numerosas. La guerra misma, que no dejó rincón de nuestro territorio que no trajinara, pareció ignorar esta región que no daba mayor cosa en contingente humano para alimentar la hoguera, ni presentaba objetivo táctico que atrajera la pericia un tanto primitiva de nuestros guerrilleros. El comercio y la milicia se movían por el camino que por Barroblanco se desprende de la altiplanicie hacia la tierra caliente, pasando por el Tambo, Tena, La Mesa, para seguir al alto Magdalena.

No había terminado aún la guerra de los mil días, cuando bajé por primera vez a esta comarca. En toda la hoya del alto Apulo, por el camino entre la Boca del Monte y el trapiche de Las Monjas, sólo había, que yo recuerde, dos casas de teja: la de La Esperanza, hacienda de cañas, primogénita de la comarca, que manejaba Luis Aparicio, tratando de su-

perar grandes dificultades económicas, amén de las consiguientes a aquella época turbada y azarosa, y El Ocaso, pequeña posesión de recreo, mejor dicho, ángulo de penumbra, que para el declinar de sus días, tras una mañana batallada bajo todos los soles, y un cenit de triunfo, había buscado el doctor Salvador Camacho Roldán. Segregadas de una mayor extensión que se reservó, como dicen en las notarías, Arcadio Trompa, el anterior poseedor, adquirió el doctor Camacho las fanegadas necesarias para realizar su proyecto, y allí, en la casa sencilla y sobria que hizo construir, esperó la muerte con el tranquilo estoicismo que acostumbraban los radicales de su generación. Allí acaba de morir el último de sus hijos, don Gabriel, caballero por todo lo alto, gran señor y ejemplar ciudadano.

Arriba, hacia la izquierda, confinando con la tierra fría, se asoma por entre la niebla que la domina hasta bien tarde en las mañanas nubladas, otra casa mayor, de techo de madera, entre un pinar. Cuando yo bajé por primera vez, la leyenda de Anatolí dominaba en varias leguas a la redonda de la casa misteriosa. Habitaba en ella, y la señoreaba en considerable extensión de tierras, en parte incultas, cultivadas en parte, don Gregorio González, hombre entrado ya en años, a quien una herida de amor sacó del mundo en plena juventud, y le trajo a guarecerse en la soledad de esta montaña. Levantó la casa, la rodeó de jardines y de huertas, y en largas horas, con cariñoso deleite, combinó las letras del nombre amado, y así amasado con sangre, comprimido, nació de él el nombre de Anatolí, y lo fue dejando caer, sin ceremonia ritual, sin explicación alguna, a su paso por las estancias, al oído de los labriegos distraídos, quienes por suave y por femenino lo retuvieron con facilidad, y lo acogieron con presteza. Fue ésta la única punta de su vida que dejó a la vista de los demás; la única vislumbre de una huella que pudiera conducir a su pasado. Tan invencible es el instinto que nos obliga a cubrir las cosas nuestras con el nombre de aquellos a quienes amamos, que se abrió paso a través del alma esquiva de este hombre que consagró la totalidad de su existencia al recuerdo de un idilio irrealizado.

¿Fue una novia muerta, una novia a quien no se declaró jamás, o una que no correspondió jamás a la vehemente pa-

sión del solitario? No lo sabían a punto fijo las gentes que por allí contaban la historia en una u otra forma, historia que, engrandecida y deformada por la piedad popular, se convirtió en leyenda, y la leyenda casi siempre vale más que la historia porque está más hondamente penetrada por el sentimiento y el querer de quienes concurren a formarla.

Cuando el doctor Camacho Roldán se instaló en El Ocaso, se ofreció a don Gregorio como vecino, y le anunció su visita; agradecióle el solitario la atención, no sin advertirle que se abstuviera de realizar este propósito porque “a distancia se conservaba mejor la amistad”. Obsequióle entonces don Salvador con un magnífico antejo de larga vista, y todas las mañanas a determinada hora los dos viejos desde el corredor de sus casas enfocaban los catalejos y se miraban silenciosos, por unos minutos.

Singular coloquio el de aquellos dos hombres de naturalezas tan opuestas. Camacho Roldán, dotado como pocos de lo que hoy llaman sensibilidad social, sensibilidad que tenemos ahora tan cerca de los labios como lejos del corazón.

El señor del Ocaso, recluso en amena estancia, en medio de los libros, sus viejos amigos, calentada su vejez por los recuerdos de una vida útil y variada que, al fin, con todo y las inevitables amarguras, dejaba un saldo consolador y grato. Huraño y aparatado, don Gregorio consumía sus días en el acre recordar de una pasión insaciada. No está ciertamente exento de grandeza el caso de este cartujo del amor humano que cavó su tumba en su propio huerto, y ordenó perentoriamente a sus servidores que su cadáver no se llevara al pueblo. En vano quisieron contrariar esta orden algunas personas acuciosas. Antes de llegar al camino público, los campesinos que le llevaban en andas declararon que el amo Gregorio pesaba más y más a cada paso que daban, y volvieron, cuesta arriba, presurosos y aliviados porque el patrón ya no pesaba, a cumplir su última voluntad al pie de los pinos en la vieja casa de Anatolí.

Hubiérase recreado un Pereda criollo en el estudio de los tres grandes tipos de esta comarca, tan españoles y tan nuestros. Tres, porque en la casa de La Esperanza hubo otro, el médico campesino, de pocos libros, de experiencia vasta y de calidad ilimitada.



\* \* \*

En el año de 1881 se inició la construcción del ferrocarril de Girardot por un batallón de línea rebautizado con el nombre de "Zapadores", y mandado por el coronel Enrique Morgan. Era ingeniero jefe don Rafael Arboleda Mosquera, quien pereció en aquel trabajo víctima de la fiebre amarilla.

Cojeando de un pie o de otro, interrumpido el trabajo por las guerras civiles, y por los escándalos que se producen, con justicia a veces, por pasión, otras, en torno de los contratos de construcción de esta clase de obras, llegaron las locomotoras hasta Anapoima, momentos antes de estallar la guerra civil de 1899. Durante ella la construcción se detuvo nuevamente, y el servicio, limitado entonces casi exclusivamente al movimiento de tropas, se hacía apenas hasta Portillo. Desde los primeros días de su administración puso especial empeño el general Reyes en ligar la línea de Girardot con la de la Sabana, iniciada y llevada a cabo por el general Daniel Aldana como presidente del Estado de Cundinamarca.

Se suscitó en la época de Reyes la cuestión de si para llegar a la Sabana se tomaba la hoya del Bogotá, saliendo a Soacha, o la del Apulo con terminal en Facatativá. Tras largo debate optó el gobierno por la segunda solución, y se emprendieron los trabajos con la actividad que ponía Reyes en todas sus cosas. Es a partir de ese momento que nuestro camino se transforma, y la comarca que cruza el río Apulo viene a convertirse en algo muy distinto de lo que era.

En la biografía de Gloria Etzel, novela escrita por el profesor López de Mesa hace cosa de diez años, encontramos esta preciosa definición de la comarca en que nos ocupamos: "La *riviera* bogotana se extiende desde Cachipay hasta Juntas de Apulo. La ciudad andina de Bogotá, una de las más mediterráneas del mundo, posee, por una paradoja fácil de comprender, tres puertos: sobre el Mar Caribe, a Barranquilla, sobre el Río Magdalena, a Girardot, y sobre el ferrocarril de este mismo nombre, a La Esperanza. Porque La Esperanza es nuestra Costa Azul, que para ser más precisos debemos llamar la Costa Verde colombiana. Sita a mitad de las vertientes de la Cordillera Oriental, que miran hacia el río Magdalena, da a gozar a los ojos uno de los más

bellos paisajes, por su variedad de relieve, su verdor y la templanza de su clima, que es dable contemplar en el mundo. Sobre todo para los que conocen el mundo y no sufren de vértigo admirativo al escuchar un nombre de exótica resonancia".

Fue, pues, cuando el tren comenzó a subir, que esas laderas se poblaron de hoteles y de quintas modernas. . . . La Arcadia, edificada por el alemán Carlos Baresch, quien la bautizó así no por reminiscencia helénica sino en memoria del campesino a quien compró el terreno, que no era otro que Arcadio Trompa; Bizerta, hoy lugar de descanso presidencial; La Capilla, donde tuvo lugar, en 1924, la célebre conferencia entre el presidente Ospina y el general Herrera; Las Monjas, que ya tenía personalidad propia y densa costra de recuerdos, cuando el presidente López la hizo su lugar preferido de recreo. Y tantas otras grandes, pequeñas, y medianas, que favorecen la circulación y alivian los nervios de los bogotanos.

El viejo camino de herradura intervenido y atropellado por la vía férrea, se defiende todavía en muchos trechos, y conserva su sabor. Una sola vez tocó con él la vieja historia. Fue hace ochenta años cuando el general Obando, seguido por un medio batallón de calentanos que habían quedado en Ambalema rezagados del ejército de Mosquera, se desprendió de La Mesa para buscar por la trocha solitaria su reincorporación a las tropas del Supremo Director, que acampaban detrás de Subachoque. Interponíase entre los dos caudillos el campamento del general París, cuyas patrullas de observación recorrían la Sabana sin cesar. Salir a ella una partida tan poco numerosa y compuesta por soldados deprimidos por el paludismo y fatigados por largas marchas, era un problema. El contingente que ellos aportaban a Mosquera era insignificante en cuanto a número y calidad. Pero traía la partida a su cabeza al caudillo máximo de las clases populares de izquierda. Y en la hora que se vivía tenía el general Obando para su antiguo y fiero rival una importancia excepcional, pues la presencia de Obando en el cuartel de Mosquera ahuyentaría los recelos de los liberales hacia el hombre que hasta hacía muy poco los había combati-

do sin piedad, y sobre todo mantendría compactos y entusiastas los batallones negros que sólo habían venido desde el remoto sur por complacer al amo Obando, y pelear contra el godo bajo la clara lumbre de sus ojos azules.

Ya en la Mesa de Juan Díaz recibió el caudillo aviso de que al asomar a la Sabana debía enderezar el rumbo hacia el poniente en busca del camino que abajo de Facatativá se desprende hacia La Vega, y por la montaña alcanzar la espalda del campamento de Mosquera. Repitiéronse los avisos, no faltando el del generalísimo que le fijaba itinerario y le advertía los peligros que corría al presentarse descubierto a la vista de los contrarios, que señoreaban la llanura. Al asomar por Bojacá, y luego en Cuatroquinas de Bermeo, mientras almorzaba, desprevenido, se le instó para que abandonara la ruta abierta que traía, y desviara hacia occidente. ¿Por qué el guerrillero sagaz, veterano de las guerras de Pasto y del Patía, desconfiado y sutil como un zorro, despreció todas las noticias que le llegaron, y cerrando los ojos a una realidad imposible de ocultarse al menor de sus reclutas, marchó obstinado y ciego al encuentro de una muerte sin gloria que le acechaba en los matorrales de Cruzverde? Se han ensayado diversas interpretaciones respecto de la última inexplicable actitud del caudillo; mas no pudiendo nadie hallarla lógica con la trayectoria de su vida, se ha terminado casi siempre atribuyéndola a la fatalidad, al sino, a una especie de incontenible vocación para el infortunio y el martirio. Otros han concluido que la tragedia que puso fin a la accidentada vida del general, fue simplemente el resultado natural del desgaste producido por los años en una naturaleza minada ya por achaques de salud y por sufrimientos morales.

Ni lo uno, ni lo otro. Nunca fue más desconfiado, más guerrillero, más sí mismo el general Obando, que cuando desoyó a los postas que, uno tras otro, le llegaban del campamento de Mosquera. Ciertamente él se había reconciliado con su antiguo y terrible rival pocos meses antes; le había prestado su espada y su prestigio para la empresa de derribar el gobierno del señor Ospina; pero allá en su interior, receloso y hermético, quedaba vivo un rescoldo de

desconfianza, de prevención. No se apaga en un día la hoguera que prendieron 30 años de odios y de prevención.

El general Obando, aplicando al caso su criterio de guerrillero, consideró que las invitaciones que le hacía el general Mosquera debían leerse al revés; obró, en consecuencia, y se perdió. Enredado en sus propias espuelas, el caudillo cayó en una trampa vulgar indigna de su carrera y de su nombre.

Por este viejo camino de herradura golpeado por la estridencia de las locomotoras no ha vuelto a pasar otro guerrero hacia la muerte....

(La Esperanza-cabeceras del Apulo.)

**TOMAS RUEDA VARGAS**

